

RESSENYES

No en vano comienza este libro de poemas con una cita de Simone Weil sobre el sufrimiento humano. Viky Frías tampoco deseaba salpicar a su gente con la rabia fruto del dolor. Por eso escogió el camino de la soledad, al abrigo de su casa, para vivirlo. Así logra que el padecimiento no le envenene a ella ni a su gente más cercana. La poeta encara la angustia que le provoca el dolor con los utensilios de que dispone: la palabra y la capacidad de simbolizar que su interioridad le brinda. “La vida nos poetiza”, escribió Lou Andreas-Salomé en su diario; si en los momentos cruciales nos dejamos dar por ella. Viky va conectando con sus demonios dormidos (desamparo, impotencia, rabia, miedo, tristeza) y a través de la escritura de la experiencia del cáncer, los va despertando para indagar con ellos qué le está pasando. Y según vamos leyendo vemos cómo se abre un sendero en el pantano de emociones encontradas por donde transitar, sin ahogarse.

La poesía de Viky Frías esquiva lo trágico aunque el tema que atraviesa el libro lo pueda ser. Más bien es una poesía contenida, sin subterfugios, y muchas veces se permite salpicarla de ironía. Viky pone los títulos al final del poema, entre paréntesis y en minúscula, dándole así valor como conclusión y remate del poema.

Aprovecha la circunstancia que motiva su poesía para reflexionar sobre cuestiones vitales: la finitud, la brevedad, el tiempo, la cesura que interrumpe la cotidianidad. A veces las hace aparecer en el poema como un juego donde ella se mira formando parte de una jugada que le viene impuesta, el cáncer. Como en el primer poema, (diagnóstico):

Póngase en pie la acusada
acusada de vivir y, por lo tanto
condenada.

Esta es la sentencia:
las rosas que vas a contemplar
están contadas [...]
Llegan
funcionarios
que firman aplazamientos
- o anticipaciones
la ciencia es arma de doble filo -

Su palabra es precisa, casi matemática en la descripción de los procesos que atraviesa y en la expresión poética de los nudos emocionales que se ponen al descubierto, así en (el vacío): “El vacío / va y viene / como alas sin Ángel”. O como en (prisión blanca) donde expresa la impotencia y la desesperanza sentida en el hospital, junto a la desazón del estado semiconsciente al despertar de la anestesia.

Otras veces la ironía asoma al poema como un ramalazo (una copa de más):

Como los mancos
con la manga hueca [...]
así voy yo:
con una copa de más
¡la de mi negro
sujetador de encaje!”.

Y en este otro que titula (imprecación) “Tú, carcinoma bribón, / viniste / sin ser llamado, / ¿qué haces aquí? /”

La mirada sobre el tiempo, las situaciones, el cuerpo, cambia bajo la presión de la enfermedad. Como en (mastectomizada) donde habla con ternura a sus pechos como si tuvieran vida propia. Se relaciona y discute con los objetos como si fueran sus iguales, como en el poema (los cuchillos existen).

En otros poemas es un estado onírico el que expresa el

hastío y el cansancio de la fragilidad, como en (pesadilla)
“... Me resisto / me ovillo / peces adiestrados / comerán /
mis pechos”.

Pero junto al duelo por la pérdida está la resistencia a ser
víctima y la pasión por la vida:

[...] En mayo
un río de amapolas
escapará de mi pecho
sin que lo pueda detener
Lanzo un alegato
a las que perdieron
[...] las que en lugar de naranjas y limones
tienen cicatrices.
¡Amazonas modernas
con el carcaj
y las flechas
cabalgaremos juntas
[...]

O en (supervivientes).

En los poemas de este librito está muy presente también el
cuerpo herido (mi herida), el cuerpo enajenado, materia de
la medicina: (medicina de guerra), (drenaje), (liliput) o en
(momentos de infierno):

[...] Miedo al sometimiento
a la pasividad
a ser territorio ajeno.
Me pertenecía
[...] me abrochaba mis propios horizontes [...]

el cuerpo paciente además, como legado de su genealogía
femenina (futuro dolor ignorado), (escudo) y al mismo
tiempo el cuerpo-naturaleza en comunión con ella, donde
la alegoría del dolor y su cicatriz se revela aceptable
simbólicamente al transmitirlo al poema: (primavera

feraz), (compasión de mamífero), o (confidencias de un árbol de ciudad):

No me acostumbro a
la poda. ... Me espantan los
podadores alzados en
sus cabinas colgantes
con bisturí y mascarilla [...]

En cualquier caso siempre queda la palabra para hacer
frente al miedo y para que perdure más allá de él:

Miedo ¿para qué?
[...] La palabra sí es un escudo
que vence a la muerte
La palabra escrita
sobrevive al miedo.

Viky Frías consigue vincular poéticamente la subjetividad
(in-consciente) de su experiencia con la realidad de otras
-tantas- mujeres que han pasado por ella.

El efecto que produce la lectura de este poemario es un
sortilegio para conjurar la llaga y consentir la cicatriz.